

Nota: este documento ha servido de insumo principal para el discurso ofrecido por la Secretaria General Iberoamericana, y no representa necesariamente su intervención en el evento. Se pone a disposición para consulta.

## **Conferencia Magistral “El liderazgo iberoamericano y los desafíos de la Agenda 2030 - Una guía de acción”**

Madrid, España – Conversatorio SEGIB

3 de abril de 2018 – 11:00-12:45

**Intervención de Rebeca Grynspan**

**Secretaria General Iberoamericana**

*Nota: este documento ha sido preparado por la Secretaria General Iberoamericana para su discurso y puede diferir de su intervención efectiva en el evento. En caso de contradicción, prevalece la versión pronunciada.*

Gracias, estimado Embajador Bermejo, estimado Señor Iglesias, por sus intervenciones. La parte sustantiva de esta sesión aborda un tema ineludible en la conversación sobre la política pública en nuestra región, y en cualquier región del mundo, durante los próximos años: la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible.

Antes de entrar en los detalles de la Agenda 2030, debemos entender el contexto global que la antecede y le da sentido, con las grandes transferencias de poder que hemos observado después de la caída del Muro de Berlín, de oeste a este y de norte a sur. Las últimas décadas han visto el surgimiento del llamado “Sur global”, un fenómeno del que ha formado parte América Latina, cuya estructura social ha cambiado dramáticamente en estos años.

Vemos asimismo la emergencia de “nuevos regionalismos”, que ya no son solo geográficos. El ejemplo de la Alianza del Pacífico es claro: no todos son países fronterizos.

Tenemos, entonces, un mundo más multipolar, pero no sabemos todavía si eso nos llevará a un mundo más multilateral, en que participen y dialoguen todos los países. No sabemos si

veremos un mundo más integrado o más fragmentado. Un mundo más *plurilateral*. Se trata de una pregunta abierta. Hay quienes dicen que el problema no es que haya tantos foros (G20, G7, G77), el problema es que tenemos un “G cero”.

La incertidumbre es el signo de nuestra era. En muchos sentidos, vivimos una realidad que recuerda aquella frase de John Maynard Keynes: “cuando esperamos que ocurra lo inevitable, surge lo imprevisto”. Una realidad de cisnes negros, como fue el caso del *Brexit*.

Este es el telón de fondo de la adopción de los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Junto con el Acuerdo de París sobre cambio climático, la Agenda 2030 representa un triunfo del multilateralismo y uno de los más grandes desafíos de acción colectiva que jamás haya emprendido la humanidad.

Es asombroso que 193 países hayan logrado ponerse de acuerdo en 17 prioridades, con sus metas e indicadores, en un proceso que contó, además de la negociación intergubernamental, con una amplísima participación ciudadana. Más de 10 millones de personas tomaron parte en la consulta más amplia que haya realizado Naciones Unidas. A diferencia de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, esta es una agenda que se construye de abajo hacia arriba y que requiere la participación de todos los actores.

Detengámonos un momento a pensar en esto: el mundo, con su inmensa diversidad, con su multiplicidad de visiones y sistemas, con sus diferencias políticas, ideológicas, culturales, valóricas, encontró un consenso en torno al camino para alcanzar un desarrollo más inclusivo y sostenible. ¡Tenemos una hoja de ruta!

Por eso la Agenda 2030 es una agenda universal (no solo del mundo en desarrollo), que nos interpela a todos y todas, en nuestros propios roles y capacidades, y a todos los sectores: privado, la academia, los ciudadanos, la sociedad civil organizada y los distintos niveles de gobierno. No existe nadie al margen de este esfuerzo. Esto, naturalmente, tiene profundas implicaciones para el liderazgo iberoamericano, tanto el liderazgo actual como, especialmente, el liderazgo futuro.

En primer lugar, porque esta es (somos) la primera generación en la historia que puede erradicar la pobreza y la última que puede proteger la degradación extrema del planeta. Pero estamos contra reloj y tenemos que acelerar el paso.

Pero además porque, al hablar de liderazgo iberoamericano en los ODS, hablamos en realidad de dos fenómenos distintos, que se refuerzan mutuamente: (1) el rol de los líderes y lideresas iberoamericanos, de personas concretas –especialmente jóvenes– que tienen hoy la oportunidad de transformar la Agenda 2030 en la bandera de su generación y la generación que viene detrás, que actualmente cursa el colegio y la universidad. En las manos de estos líderes y lideresas, de personas como ustedes, descansa en buena medida nuestra capacidad de llegar al 2030 con la tarea hecha. Pero también hablamos del liderazgo en otro sentido: (2) El liderazgo regional de Iberoamérica en la implementación de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, esto es, la aportación específica que puede realizar nuestra región en su conjunto a este esfuerzo global.

Yo estoy convencida de que el espacio iberoamericano tiene un valor único que aportar, desde el *soft power*, desde el poder de los valores, de la narrativa, de lo intangible. Y también desde la cooperación y especialmente desde su habilidad de facilitar las alianzas multi-actor, multi-sector, multi-nivel, que urgentemente necesitamos forjar.

Me referiré a ambos aspectos.

Empiezo por el liderazgo de las personas. Quisiera invitarlos a pensar qué tipo de líder necesitamos para alcanzar los ODS. ¿Cómo es el líder, cómo es la lideresa de la Agenda 2030? No pretendo tener la respuesta o pensar que exista una única respuesta. Pero creo que hay ciertas claves, derivadas de lecciones aprendidas en el ámbito del desarrollo y de la propia experiencia de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM).

El líder de la Agenda 2030 debe ser un líder con una visión integral y multidisciplinar. Debe ser capaz de trascender los silos y articular áreas de pensamiento. Esto no quiere decir que deben ser expertos en todo (eso es una contradicción en términos), pero sí deben tener un pensamiento y una visión más integral. Deben ser capaces de derribar las barreras que hemos construido en torno a las disciplinas que interactúan en la vida en sociedad.

Como saben, la Agenda 2030 descansa sobre los “tres pilares”, las tres dimensiones del desarrollo sostenible: la política social, la política económica y la política ambiental. Pero quienes llevamos muchos años trabajando en esto, sabemos que estos grupos no solo no están acostumbrados a cooperar, sino que muchas veces compiten entre sí.

Uno va donde los economistas y dice “tres dimensiones del desarrollo sostenible” y contestan “claro, pero primero hay que enfocarse en el crecimiento económico”. Y luego va donde los expertos en política social y dice “tres dimensiones del desarrollo” y contestan “¿cómo no? Pero la reducción de la pobreza debe ser la prioridad número uno”. Y va donde los ambientalistas y dice “tres dimensiones del desarrollo económico” y contestan “¡pero por supuesto! Pero de nada nos sirve el crecimiento económico si terminamos con el agua hasta el cuello”.

El problema no está en la secuencia. No se trata de ver cuál área del desarrollo abordamos primero y cuál después. El reto es de *integración*. No importa cuál sea nuestra puerta de entrada, debemos llegar al mismo lugar, para que no ocurra que “lo que hacemos con la mano, lo borremos con el codo”.

Toda la evidencia apunta a que existe un “triple ganar” cuando actuamos de manera coordinada. Cuando logramos hacer las cosas bien, la economía crece, la sociedad es más inclusiva y el medio ambiente se protege. Debemos pasar de la interdisciplinariedad a la multidisciplinariedad.

El líder de la Agenda 2030 debe ser un líder flexible, capaz de trabajar colaborativamente con el sector privado y con la ciudadanía, capaz de escuchar, de entender y de absorber rápidamente las demandas de la sociedad.

Vemos un desfase entre la velocidad de los cambios en la economía y la sociedad, frente a la capacidad de las instituciones de adaptarse a esos cambios. Esto es particularmente cierto cuando los cambios se aceleran de la mano de la tecnología.

Como el resto del mundo, Iberoamérica exhibe una paradoja: tenemos una población que es adicta a la tecnología pero que, al mismo tiempo, experimenta un ataque de pánico ante el

efecto que la tecnología tiene en su vida. Según los sondeos del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), 4 de cada 5 latinoamericanos piensa que la ciencia y la tecnología le va a quitar el empleo. 77% no viajaría en un carro autónomo. Solo 10% comería carne artificial. Solo un 22% se sometería a una cirugía en la que participen robots.

Necesitamos urgentemente generar confianza y cercanía con la ciudadanía. De eso depende la posibilidad de recuperar la esperanza y la voluntad de construir, conjuntamente, un proyecto de futuro.

Una cosa que hemos aprendido en los laboratorios de innovación ciudadana que organiza la SEGIB, es que la gente está mucho más dispuesta a confiar y a trabajar de la mano de las instituciones, si es escuchada, si es tomada en cuenta y si participa directamente en la búsqueda de las respuestas a los problemas de la sociedad. ¡Y los resultados son mucho mejores!

El líder 2030 debe ser un líder capaz de navegar ambientes multiculturales y diversos, capaz de entender la enorme importancia que tiene la identidad para las personas y los grupos sociales, en un contexto de rápida transformación cultural, pero que también entienda el riesgo de construir identidades excluyentes, discriminatorias, autoritarias, que nos lleven a enfrentarnos y aislarnos de los demás. Identidades reduccionistas, porque nos limitan a una parte de lo que somos: a nuestra nacionalidad, a nuestro género, a nuestra religión, a nuestra orientación sexual.

Necesitamos líderes que promuevan identidades *incluyentes*, que ayuden a las sociedades a perder el temor a la diversidad. No exagero si digo que este es uno de los retos más importantes que tiene la humanidad en las próximas décadas, un reto que es fundamental para alcanzar el ODS 16 (“Paz y justicia”), pero que está en la base de nuestra capacidad de avanzar en todos los demás objetivos y metas, en un mundo en donde, para el año 2030, más del 15% de la población vivirá en un país distinto al que nació.

El líder de la Agenda 2030 debe ser un líder que combine una consciencia global con una conexión local, y que comprenda que en un mismo país coexisten muchas realidades.

Debe ser, asimismo, un líder sensible a los cambios que demandan las nuevas generaciones, que nos piden un ejercicio distinto del poder. Un líder más horizontal, transparente, responsivo. Debe ser un líder más digital, pero sin perder la cercanía con la gente.

Finalmente, yo creo que el líder de la Agenda 2030 debe ser un líder comprometido con la política. Un líder que no rehúya a sus instituciones y mecanismos. Por eso me emociona mucho conocerlos y hablar con ustedes, un grupo impresionante de líderes y lideresas que están trabajando desde distintas tiendas y con distintas herramientas.

En mi rol en la SEGIB he visto el surgimiento de nuevas formas de participación ciudadana, nuevos espacios en que los jóvenes se involucran con sus comunidades. Eso me entusiasma. Pero creo que esas nuevas formas de liderazgo tendrán que encontrar la manera de encuadrarse en la arquitectura democrática, tal que les permita construir proyectos de largo plazo. No existen vacíos de poder en la política, ni terrenos baldíos. El espacio que no ocupen colectivos más o menos estables y coherentes, comprometidos con valores de equidad y solidaridad, lo ocuparán grupos con intereses menos altruistas.

La Agenda 2030 no depende únicamente de la política, pero jamás podrá alcanzarse sin ella. Es imposible circunvalarla. No solo porque los gobiernos nacionales siguen teniendo la principal responsabilidad por la implementación de los ODS, sino también porque tenemos un reto inmenso de coordinación, para lo cual necesitamos, indispensablemente, de los gobiernos, los parlamentos, los organismos internacionales, los partidos políticos y las organizaciones sociales y empresariales, como grandes agregadores de demandas y canalizadores de fuerzas.

Estos colectivos no pueden sustituirse los unos a otros. Las organizaciones civiles no pueden hacer el trabajo de los gobiernos, ni los gobiernos la labor de las organizaciones civiles. Entre ellos no existe una dicotomía, sino una complementariedad.

Estas son algunas de las características del liderazgo individual que necesitamos de cara al horizonte 2030. Pero tenemos también la oportunidad de ejercer un liderazgo colectivo, un liderazgo regional, desde el valor específico del espacio iberoamericano y a partir de las instituciones que están ya consolidadas, como es el caso de la SEGIB.

Como ustedes saben, la próxima XXVI Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno que celebraremos el 15 y 16 de noviembre en La Antigua, Guatemala, lleva por lema “Una Iberoamérica próspera, inclusiva y sostenible”.

La Agenda 2030 descansa sobre lo que se han llamado las cinco P's: personas, planeta, prosperidad, paz y partenariado. El lema de la Cumbre aborda las primeras tres: la económica (próspera); la social, las personas (inclusiva); y el planeta (sostenible), mientras que nuestro espacio aporta las dos últimas (paz y partenariado). Por eso yo creo que estamos excepcionalmente posicionados para impulsar desde lo iberoamericano este compromiso asumido en el ámbito mundial.

Estamos avanzando en incorporar el debate sobre los ODS en todas las actividades previas y paralelas de la Cumbre Iberoamericana. En total celebraremos diez reuniones ministeriales antes de la Cumbre, junto con foros sectoriales como el Encuentro Empresarial, el I Encuentro de Altas Autoridades de Pueblos Indígenas de Iberoamérica, el III Foro Iberoamericano para Migración y Desarrollo, el Foro Parlamentario, el Foro de Gobiernos Locales y de Ciudades Capitales, y el Foro de las Universidades.

Esto es parte de lo que hacemos para facilitar el diálogo y la concertación política al más alto nivel, pero también hay mucho que hacemos en el ámbito de la Cooperación Sur-Sur bilateral, triangular y regional.

Yo siempre digo que la Cooperación Iberoamericana es la mejor plataforma de cooperación horizontal en el mundo, no por su monto, pero sí por su naturaleza y funcionamiento: una cooperación entre pares, voluntaria, solidaria, enfocada a resultados, que atiende a las necesidades y aprovecha las fortalezas particulares de los países.

En muchos sentidos, la Cooperación Iberoamericana se adelantó a su época. Precisamente lo que vemos hoy en el mundo es una demanda por relaciones de cooperación más horizontales, que reconozcan la contribución que todos podemos realizar a un desarrollo global inclusivo y sostenible.

No existe país tan rico que no tenga nada que aprender, ni tan pobre que no tenga nada que aportar.

En la SEGIB hemos adaptado el Informe de Cooperación Sur-Sur en Iberoamérica para reflejar la cooperación que ya se destina a temas cubiertos por los ODS, pero también para visibilizar las áreas que necesitan mayor reforzamiento.

Aproximadamente el 60% de los proyectos de la Cooperación Sur-Sur en la región contribuyen a la consecución de más de un ODS, en particular en las áreas de salud y bienestar; agricultura y seguridad alimentaria; crecimiento, industria e innovación; y mejoras institucionales.

Por último, estamos realizando todo nuestro esfuerzo por apoyar la generación de conocimiento en torno a ODS e Iberoamérica, por una parte promoviendo la realización de estudios e investigación, y también impulsando decididamente el papel de las Universidades en la implementación de la Agenda 2030.

A nivel global, alrededor de 215 millones de personas se encuentran actualmente matriculadas en la educación superior. Si todas las universidades contaran como un país, serían el quinto más poblado del mundo. La tasa de matrícula universitaria mundial se ha triplicado en las últimas décadas, pasando de 12% en 1980 a 36% en el año 2015. En América Latina, casi se ha cuadruplicado: hemos pasado del 13% en 1980 al 47% en 2015, según cifras de la UNESCO.

Tenemos la juventud más educada, más exigente y más numerosa de nuestra historia. Por eso la Agenda 2030 depende en gran medida de la juventud, de lo que hagamos por ella pero también, y sobre todo, de lo que hagamos *con ella*.

Me interesa mucho escuchar sus preguntas, así es que concluyo haciéndoles un llamado a involucrarse directamente con las actividades de la Conferencia y la implementación de la Agenda 2030, desde sus distintas funciones y capacidades. El primer paso es, sin duda, sacar el máximo provecho de la red de líderes iberoamericanos que nace a partir de este encuentro.

Yo creo que nuestra región puede colocarse en la vanguardia de este momento histórico. Nuestra visión de desarrollo no debe ser como una fotografía, que nos permite ver únicamente la posición de los países en un momento dado. Nuestra visión de desarrollo debe ser como una película, debe mostrarnos el cambio, debe decirnos cuánto avanzamos. América Latina dista mucho de ser la región más desarrollada del mundo, pero nada nos impide convertirnos en una de las regiones que más se desarrolle en los próximos años. Yo los invito a proponerse ese objetivo. Los invito a alcanzarlo.

Muchas gracias.